

Cantaro

Colección del **MIRADOR**

La vuelta
al mundo
en ochenta días

JULIO VERNE



Colección del **MIRADOR**

La vuelta
al mundo
en ochenta días

Julio Verne


Cantaro

Editora de la colección: Karina Echevarría

Traductora: Valeria Joubert

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramadora: Natalia Udrisard

Imagen de tapa: fragmento de *El puente de Sévres* (1908),
de Henri Rousseau

Gerente de Prensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Los contenidos de las secciones que integran esta obra han sido elaborados
por Raúl Illescas y Armando Minguzzi

Verne, Julio

La vuelta al mundo en 80 días. - 3a. ed. 3a. reimp. - Boulogne:

Cántaro, 2015.

v. OC, 280 p., 19 x 14 cm - (Del mirador 212)

Traducido por Valeria Castelló-Joubert

ISBN 978-950-753-298-6

1. Narrativa Francesa. I Valeria Castelló-Joubert, trad. II. Título
CDD 843

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2009

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Enclada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-298-6

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Puertas
de acceso

El relato de aventuras

La lectura de un relato suele originar diversos comportamientos. Por ejemplo, puede generarnos un deseo irrefrenable de seguir adelante sin detenernos demasiado en análisis, o tal vez puede dejarnos pensando en cómo hubiéramos reaccionado nosotros ante las complicaciones por las que pasan los personajes. Leer es aventurarse, entrar en una historia que, a la manera de la obra de Julio Verne, resulta un viaje extraordinario.

La vuelta al mundo en ochenta días es un relato de aventuras. Estos relatos narran un viaje por lugares desconocidos que le deparan al héroe innumerables peripecias. Las situaciones obligan al personaje protagonista a optar entre la reflexión y la acción. Pero esta última es su favorita, ya que no existe nada tan ligado al concepto de aventura como la acción, siempre vinculada al peligro.

La estructura de un relato de aventuras se arma a partir de elementos *solidarios* y *adversos*: los primeros son aquellos que

ayudan al héroe a cumplir con su itinerario, y los segundos, que pueden ser tanto físicos como morales, dificultan su recorrido.

El comportamiento del aventurero es lineal: su viaje implica un aprendizaje y un progreso.

La vuelta al mundo en ochenta días está planteada como un periplo cuya meta no es conocer un lugar, ni desentrañar el secreto de determinado paisaje, sino atravesarlo en un tiempo estipulado para ganar una apuesta. La apuesta que Phileas Fogg hace a sus compañeros del Reform-Club de Londres: dar la vuelta al mundo en ochenta días, incluyendo el mal tiempo, el viento en contra, los naufragios y los descarrilamientos. En cada capítulo hay un final parcial, que va preparando, con el aporte de datos, el gran final de la novela. En este se ordena el mundo, y este orden generalmente coincide, como en este relato, con una recompensa.

El viaje, los medios de transporte y Verne

El *viaje* es un tema recurrente en la tradición literaria. Desde la *Odisea* de Homero¹ que cuenta el retorno de Ulises a su patria, Ítaca, el viaje es un tema de continua renovación. Está vinculado a nuevos medios de transporte que permiten llegar hasta lugares desconocidos.

Julio Verne es un autor que ha explotado el tema de los medios de transporte. *Cinco semanas en globo* aprovecha el exotismo que el medio posibilita, *La isla flotante* muestra la descripción de un barco de dimensiones inimaginables y *Veinte mil leguas de*

1 Homero (siglo IX a.C.): sus poemas épicos *La Iliada* y *La Odisea* lo convirtieron en el poeta nacional de la antigua Grecia. Poco se sabe de su vida, hasta el punto de que algunos autores de los siglos pasados llegaron a dudar de su existencia.

viaje submarino tiene un personaje central, el capitán Nemo, que tripula una nave precursora de los modernos submarinos.

Suele pensarse que los acontecimientos de la vida de un escritor explican su obra, pero no siempre existe una relación unívoca entre biografía y producción literaria. En el caso de Verne, la ficción supera los márgenes de su vida.

Julio Verne nació en Nantes en febrero de 1828, su padre fue un abogado de esa ciudad y su madre, Sophie Allotte de la Fuye, perteneció a una familia de navegantes y armadores. Tuvo un hermano, Paul, por quien sintió un marcado afecto, y tres hermanas: Anna, Mathilde y Marie. Se educó, por orden de su padre, en el Petit Séminaire y luego en el Collège Royal de su ciudad natal. Posteriormente partió a París para estudiar derecho².

Un hecho de la vida de Verne se asocia con su literatura: en 1839 se embarcó de contrabando con destino a las Indias en un barco llamado *Coralie*, pero fue descubierto y entregado a su padre. Ante semejante desilusión respondió, a manera de advertencia: “No viajaré más que en sueños”, y se transformó así en un viajero de la imaginación desde su biblioteca atiborrada de textos de geografía y ciencias.

Una vez instalado en París, alternó sus estudios de derecho con la literatura. Decidió no retornar a Nantes y quedarse en la capital francesa a probar fortuna con sus escritos. Publicó sus primeros trabajos, que anticiparon sus *viajes extraordinarios*, en la revista *Musée des Familles*.

Se casó con una joven viuda de Amiens en 1859, con la cual tuvo un solo hijo, llamado Michel. Las amistades de su mujer le permitieron entrar a trabajar en la Bolsa de París, puesto que abandonó para dedicarse de lleno a la literatura, luego de firmar

2 Salabert, Miguel. *Julio Verne, ese desconocido*. Madrid, Alianza, 1985.

su primer contrato con el que sería su único editor, Hetzel. El conocimiento de este editor dio lugar a dos situaciones. Por un lado, su profesionalización como escritor; y por otro, definió un criterio editorial. Hetzel lo convenció de su capacidad para cautivar al público juvenil.

Las ganancias obtenidas con su producción literaria le permitieron tener una vida acomodada. Obtuvo enorme éxito con *La vuelta al mundo en ochenta días*, que fue adaptada para el teatro con un gran suceso de cartelera. Murió en 1905, año en que el científico Albert Einstein publicó su *Teoría de la Relatividad*, una ampliación del universo conocido que tuvo similar intención que el proyecto literario de Verne.

La obra de este autor se cuenta entre las más prolíficas de los escritores del siglo XIX.

Entre el espacio y el tiempo

El universo ficcional de Verne establece jerarquías. En el centro aparece el *paisaje* y, en el caso particular de esta novela, doblegarlo es recorrerlo en tiempo y forma. Sus personajes son hombres de ciencia de corazón frío y mente lúcida, guiados por un deseo irrefrenable de conocer. En *La vuelta al mundo en ochenta días*, hay una apuesta que genera el espíritu aventurero.

El espacio narrativo de los relatos de Verne está habitado por personajes en este orden jerárquico: sabios, mujeres, sirvientes y nativos. En este caso, el personaje de Passepartout, si bien pertenece al servicio doméstico, adquiere una importancia inusitada.

El título de la novela indica un plazo para realizar el viaje que debe ser confirmado por el relato y preanuncia el lugar central que el *tiempo* tiene.

La exactitud para medir el tiempo es una de las marcas del cientificismo del siglo XIX que aparece en la novela: todo puede

medirse: el tiempo, la distancia, las velocidades, etc. La idea de lo exacto sobrevuela el texto, en los múltiples cálculos que los distintos personajes realizan.

Lo exacto tiene como complemento en la narración la idea de la ley inglesa, una norma aceptada a rajatabla que no solo respeta las libertades individuales sino también la libertad religiosa. La legalidad también tiene una forma de ser medida. Cuando aparece algún problema legal, se resuelve mediante aquello que todo lo vuelve contable: el dinero.

Tal vez sea difícil pensar en la aventura como aquello que puede ser medido hasta en sus últimas instancias, pero ese era el ideal del hombre moderno: el anhelo de someter el medio ambiente a sus instrumentos y a lo que se consideraba de utilidad.

Sin embargo, en el caso de este texto el perfil aventurero puede asociarse también con el azar y el desinterés. El azar de una apuesta, en tanto elemento disparador de la historia, reivindica a Phileas Fogg, el héroe, como un caballero que arriesga en una empresa sin saber a ciencia cierta si tendrá éxito o no. El desinterés del mismo personaje por el dinero apostado se observa en varias ocasiones, por ejemplo, cuando gasta en el viaje casi lo mismo que gana.

La apuesta de Fogg y los socios del Reform-Club, con tanta carga de azar y desinterés, también tiene una lógica de juego. No sería desatinado hablar de esta novela como un relato que “juega” con la exactitud y las distancias. Leer un texto de aventura es posible mientras quien lee juegue o apueste a ser sorprendido.

Ciencia y realismo en Verne

El siglo XIX fue una centuria con una fuerte marca científicista, y la literatura sintió el impacto. En el caso de la novelística verniana, a la que algunos califican como *de anticipación*, se podría decir

que la ciencia adopta ribetes de protagonismo. Relatos como *De la Tierra a la Luna*, *Veinte mil leguas de viaje submarino* están estructurados en torno a las posibilidades técnicas que la imaginación genera basándose en elementos de la ciencia³.

Una de las estrategias del relato, que introduce lo científico, consiste en la aparición de información que no tiene que ver de lleno con la trama del viaje, pero que sostiene la voz de la ciencia. Dos irrupciones de este tipo tienen que ver con el discurso de la Historia, ciencia por demás importante por su desarrollo en el siglo XIX, y con la Mecánica.

En el primer caso es notable la descripción de Hong Kong:

Hong Kong no es más que un islote, cuya posesión ha sido atribuida a Inglaterra por el tratado de Nantes, después de la guerra de 1842. En pocos años, el genio colonizador de Gran Bretaña fundó allí una isla importante y creó el puerto de Victoria. Esta isla está situada en la desembocadura del río de Cantón, y tan solo sesenta millas la separan de la ciudad portuguesa de Macao, erigida en la otra orilla. Hong-Kong debía necesariamente vencer a Macao en una lucha comercial y ahora la mayor parte del tránsito chino se opera a través de la ciudad inglesa. (Capítulo XIX)

La irrupción del discurso de la Mecánica aparece al describir un barco, el *Rangoon*:

...uno de los barcos que la Compañía peninsular y oriental emplea en el servicio de los mares de China y de Japón, era un vapor de hierro, a hélice, que desplazaba mil setecientos setenta toneladas, y de una fuerza nominal de cuatrocientos caballos. (Capítulo XVI)

³ Chesneux, Jean. *Una lectura política de Julio Verne*. México, Siglo veintiuno, 1973.

Colección del **MIRADOR**

La vuelta al mundo en ochenta días

Julio Verne

Título original: *Le tour du monde en 80 jours*
Traducción de Valeria Joubert

I
EN EL QUE PHILEAS FOGG Y PASSEPARTOUT
SE ACEPTAN RECÍPROCAMENTE, UNO COMO AMO,
EL OTRO COMO CRIADO

En el año 1872, la casa que llevaba el número 7 de Saville-row, Burlington Gardens —casa en la cual murió Sheridan en 1814—, estaba habitada por Phileas Fogg, esq.¹, uno de los miembros más singulares y más notables del Reform-Club de Londres, por más que pareciera haberse propuesto no hacer nada que llamara la atención.

A uno de los oradores más grandes que honran a Inglaterra, siguió pues este Phileas Fogg², personaje enigmático, de quien no se sabía nada, sino que era hombre galante y uno de los *gentlemen*³ más apuestos de la alta sociedad inglesa.

Decían que se parecía a Byron⁴ —por la cabeza, ya que era irreprochable en cuanto a los pies—, pero un Byron con bigotes y patillas, un Byron impasible, que hubiera vivido mil años sin envejecer.

Inglés, sin lugar a dudas, Phileas Fogg no era quizás londinense. Jamás se lo había visto ni en la Bolsa, ni en el Banco, ni

1 Abreviatura de *esquire*, el que es noble o distinguido por sangre.

2 Su nombre tal vez aluda a la palabra inglesa *fog*, que significa 'niebla' y que haría referencia a la falta de claridad en relación con la historia del personaje: nada se sabe de su pasado, de sus sentimientos y motivaciones. Por otra parte, su nombre completo es similar al de un hijo de Lord Byron.

3 *Gentlemen*: caballeros, hombres distinguidos.

4 Lord Byron (1788-1824), poeta romántico inglés.

en ninguna de las oficinas de la City. Ni las dársenas ni los diques de Londres habían recibido jamás un navío que tuviera a Phileas Fogg por armador. Este *gentleman* no figuraba en ningún comité de administración. Su nombre no había resonado jamás en un colegio de abogados, ni en el Templo, ni en Lincoln's-inn, ni en Gray's-inn. Jamás litigó en la Corte del Canciller, ni en el Banco de la Reina, ni en el Ministerio de Hacienda, ni en la Corte Eclesiástica. No era ni industrial, ni negociante, ni comerciante, ni agricultor. No hacía parte ni del *Instituto Real de Gran Bretaña*, ni del *Instituto de Londres*, ni del *Instituto de Artesanos*, ni del *Instituto Russell*, ni del *Instituto Literario del Oeste*, ni del *Instituto de Derecho*, ni de aquel *Instituto de las Artes y las Ciencias Unidas*, que se encontraba bajo el patrocinio directo de Su Graciosa Majestad. No pertenecía finalmente a ninguna de las numerosas sociedades que pululan en la capital de Inglaterra, desde la *Sociedad de la Armónica* hasta la *Sociedad Entomológica*, fundada principalmente con el objetivo de destruir los insectos nocivos.

Phileas Fogg era miembro del Reform-Club, y eso es todo.

A quien se asombrara de que un *gentleman* tan misterioso se contase entre los miembros de esta honorable asociación, se le respondería que entró por recomendación de los hermanos Baring, en cuyo banco tenía crédito abierto. De aquí cierta garantía, debida al hecho de que sus cheques eran pagados regularmente al contado por el débito de su cuenta corriente, invariablemente acreedora.

¿Era rico este Phileas Fogg? Indiscutiblemente. Pero cómo había hecho fortuna, es cosa que los más informados no podían decir, y Mr. Fogg era la última persona a la que conviniera dirigirse para averiguarlo. En todo caso, no era pródigo con nada, pero tampoco tacaño, pues allí donde faltara dinero para algo noble, útil o generoso, él lo aportaba en silencio, e incluso en forma anónima.

En suma, nada menos comunicativo que este *gentleman*. Hablaba tan poco como le fuera posible, y parecía tanto más misterioso cuanto que era silencioso. Sin embargo, su vida estaba a la luz, pero lo que hacía era tan matemáticamente siempre lo mismo que la imaginación, insatisfecha, buscaba más allá.

¿Había viajado? Era probable, pues nadie conocía el mapamundi mejor que él. No había lugar alejado del cual no pareciera tener un conocimiento especial. A veces, pero en pocas palabras, rectificaba las miles de afirmaciones que circulaban en el club acerca de viajeros perdidos o desorientados; indicaba las verdaderas probabilidades, y sus palabras resultaban a menudo como inspiradas por una segunda visión, hasta tal punto que el acontecimiento terminaba siempre justificándolas. Era un hombre que había viajado por todas partes, con la mente al menos.

Pero lo cierto era que desde hacía muchos años Phileas Fogg no había dejado Londres. Los que tenían el honor de conocerlo un poco más eran testigos de que —a no ser en el camino directo que recorría cada día para ir de su casa al club— nadie podía pretender haberlo visto jamás en otro lado. Su único pasatiempo era leer los diarios y jugar al *whist*⁵. A este juego del silencio, tan apropiado para su naturaleza, ganaba a menudo, pero sus ganancias no entraban jamás en su bolsa y figuraban como una suma importante en su presupuesto de caridad. Por otra parte, hay que señalarlo, Mr. Fogg jugaba evidentemente por jugar, no para ganar. El juego era para él un combate, una lucha contra la dificultad, pero una lucha sin movimiento, sin desplazamiento, sin fatiga, y eso iba con su carácter.

⁵ *Whist*: juego de naipes. Data de alrededor del año 1500, y llegó a ser muy popular entre 1700 y 1900. Aunque ha dado origen a otros juegos como el *bridge*, el *whist* sigue gozando de popularidad.

No se le conocían a Phileas Fogg ni mujer ni hijos —lo cual puede suceder a la gente más honesta—, ni parientes ni amigos —que ya es más raro en verdad—. Phileas Fogg vivía solo en su casa de Saville-row, donde nadie entraba. De su interior, jamás se supo nada. Un solo criado bastaba para servirlo. Almorzaba y cenaba en el club en horarios cronométricamente determinados, en la misma sala, en la misma mesa; no trataba en absoluto con sus colegas, no invitaba a ningún extraño. No volvía a su casa sino para acostarse, a medianoche en punto, sin usar jamás las habitaciones confortables que el Reform-Club tiene a disposición de los miembros de su círculo. De las veinticuatro horas del día pasaba diez en su domicilio, ya durmiendo, ya vistiéndose. Si paseaba, era, invariablemente, con paso parejo, por la recepción entarimada de marquetería, o por la galería circular, sobre la cual se alza una cúpula de vitrales azules, sostenida por veinte columnas jónicas de porfirio rojo. Si cenaba o almorzaba, eran las cocinas, la despensa, el *office*, la pescadería, la lechería del club los que proveían su mesa con suculentas reservas; eran los criados del club, graves personajes de traje negro, calzados con zapatos de suela de guata, quienes le servían en una porcelana especial y sobre un admirable mantel de tela de Sajonia; eran los cristales exclusivos del club los que contenían su jerez, su oporto o su burdeos mezclado con canela, con capilaria y con cinamomo⁶; era, por último, el hielo del club —hielo traído con grandes costos de los lagos de América— el que mantenía sus bebidas en un satisfactorio estado de frescura.

Si vivir en tales condiciones es ser excéntrico, ¡hay que convenir en que la excentricidad tiene cosas buenas!

La casa de Saville-row, sin ser lujosa, era conocida por su extrema comodidad. Por otra parte, con las costumbres invariables

⁶ Capilaria, cinamomo: hierbas aromáticas que se usan como infusión.

de su inquilino, el servicio se reducía a poco. Así y todo, Phileas Fogg exigía de su único criado una puntualidad, una regularidad extraordinarias. Ese mismo día, 2 de octubre, Phileas Fogg había despedido a James Forster —el muchacho había sido encontrado culpable de haberle traído para su barba agua a ochenta y cuatro grados Fahrenheit⁷ en lugar de ochenta y seis— y esperaba a su sucesor, que debía presentarse entre las once y las once y media.

Phileas Fogg, sentado con aplomo en su sillón, con los dos pies juntos como los de un soldado en posición de firme, las manos apoyadas sobre las rodillas, el cuerpo derecho, la cabeza erguida, miraba marchar la aguja del péndulo, aparato complicado que indicaba las horas, los minutos, los segundos, los días, la fecha y el año. Cuando sonaran las once y media, según su costumbre cotidiana, Mr. Fogg debía partir de la casa y dirigirse al Reform-Club.

En ese momento, golpearon a la puerta del pequeño salón en el cual se hallaba Phileas Fogg.

James Forster, el despedido, apareció.

—El nuevo criado —dijo.

Un muchacho de unos treinta años entró y saludó.

—¿Usted es francés y se llama John? —le preguntó Phileas Fogg.

—Jean, si no le molesta —respondió el recién llegado—. Jean Passepartout⁸, sobrenombre que me ha quedado, y que justifica mi aptitud natural para arreglármelas siempre. Creo ser un muchacho honesto, señor, pero, para ser franco, he tenido varios oficios. He sido cantor ambulante, artista ecuestre en un circo,

⁷ Grado Fahrenheit: unidad para medir la temperatura.

⁸ La palabra *passepartout*, en francés, remite a diferentes significados, 'lave maestra', 'marco', 'comodín'; y presenta cierta semejanza con la palabra *passport* (pasaporte), que alude a la empresa que Fogg y su criado emprenderán.

dando volteretas como Léotard, y bailando como Blondin; luego me he convertido en profesor de gimnasia, con el fin de volver más útil mi talento y, en último lugar, he sido sargento de bomberos en París. Tengo incluso en mi historial incendios memorables. Pero resulta que hace cinco años que partí de Francia y, con el deseo de gozar de la vida en familia, soy ayuda de cámara en Inglaterra. Ahora bien, encontrándome sin trabajo y habiéndome enterado de que el señor Phileas Fogg era el hombre más exacto y más sedentario del Reino Unido, me he presentado en su casa con la esperanza de vivir tranquilo y de olvidar hasta este nombre de Passepartout...

—Passepartout me conviene —respondió el *gentleman*—. Me lo recomendaron. Tengo buenas referencias acerca de usted. ¿Conoce mis condiciones?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Qué hora tiene?

—Las once y veintidós —respondió Passepartout, sacando de las profundidades del bolsillo un enorme reloj de plata.

—Está atrasado —dijo Mister Fogg.

—Que el señor me perdone, pero es imposible.

—Está cuatro minutos atrasado. No importa. Basta con constatar la diferencia. Entonces, a partir de este momento, a las once y veintinueve de la mañana, hoy miércoles 2 de octubre de 1872, usted entra a mi servicio.

Dicho esto, Phileas Fogg se levantó, tomó su sombrero con la mano izquierda, lo colocó sobre su cabeza con un movimiento de autómatas y desapareció sin agregar una palabra.

Passepartout oyó la puerta de calle cerrarse una vez: era su nuevo amo que salía; luego, una segunda vez: era su antecesor, James Forster, que también se iba.

Passepartout permaneció solo en la casa de Saville-row.

Índice

Puertas de acceso	3
El relato de aventuras	5
El viaje, los medios de transporte y Verne	6
Entre el espacio y el tiempo	8
Ciencia y realismo en Verne	9
El juego de los nombres	11
La aventura del lector	11
La obra: La vuelta al mundo en ochenta días	13
Bibliografía	277